

"á Menar de horrores los mares y á manchar la Europa con mis iniquidades
 "para que en todo el Orbe sea patente mi presencial malicia." En otra de sus car-
 "tas ya mencionadas confiesa ser hijo de San Pedro huyendo, no de San
 "Pedro tolerando, soy (dice) hijo de San Pedro solicitando glorias, no de San
 "Pedro antelando penas, soy de San Pedro hijo experimentando á cada pa-
 "so caídas, no de San Pedro llorando amargamente culpas. A cada renglon de
 sus cartas se encontrarán cláusulas de castizas humildad y propios abati-
 miento. En la consideracion VI. nos pone el mismo Padre en su librito el
 modo de humillarnos cotejando nuestras obras con las de los Santos. No
 se conoce si corre mucho un caballo corriendo solo, sino corriendo á com-
 petencia de otros. Corrieron los Santos unos en los desiertos con ásperas pe-
 nitencias, otros en los Claustros con continuas oracion, muchas ejemplares
 Vírgenes en perpetua claustración. Viendo San Macario dos Eremitas que pas-
 cion entre las bestias por no juzgarse dignos de vivir entre los hombres
 decía Moisés: No soy eltonye, pero sí otros eltonjes. El cotejo de nuestras
 obras con las de los Santos hará confundirse al mas encantado en
 sus propias virtudes. ¿Qué hacemos nosotros y qué hicieron ellos? ¡oh
 Dios! Allí veo á San Antonio Abad pasmo del Desierto, que en clau-
 strado en su Celda oyó una voz que le dice: Antonio, no has llega-
 do á la mensura y grado de ese curtidor que está en Alejandria.
 A la mañana tomando su bordon se fue á buscarlo, saludólo, que-
 dando el pobre oficial pasmado de ver en su casa tan gran Santo.
 Preguntóle San Antonio su modo de vivir y respondió: No sé haber
 hecho jamás obra buena. Instóle el Santo y con sencillez respondió:
 Cuando me levanto de mi pobre chosa á la mañana antes de irme á
 mi trabajo digo en mi oracion: Todos los moradores de esta Ciudad
 del mayor al menor entrarán en el Reino de los Cielos por sus buenas
 obras; yo solo por mi culpa merezco la entrada en la pena eterna;
 esto mismo repito de todo corazón á la tarde antes de tomar el des-
 canso del sueño. Pasmóse el gran Antonio y le dijo: Hijo, de esa su-
 erte tu eres buen Artífice, repusando en tu casa has negociado
 el Reino de Dios; yo como falto de discrecion conversando toda
 mi vida en el Geramo no he llegado á la medida de tu dicha.
 Ruf. Lib 2. in vit. Pat. — ¡Oh Humildad Virtud pota de los Cielos! Es-
 ta procuró en todas sus acciones observar este humilde Filisense, ésta
 desió estampar en todas sus hijos espirituales, ésta procuró persuadir á
 todos estados de personas, como lo hace patente en su Prólogo al Librito
 de oro de la Santa Humildad, y sobre este profundo cimiento fué levantado

el edificio de virtudes que Dios mediante vemos manifestando en los
 capítulos siguientes.

Capítulo XXIX. De su rara mortificacion en el uso de los sentidos corporales.

Cosa es muy natural que un
 Jardin correspondan con sus flores la labor del jardinero, y si este
 se esmera en cultivar las yerbas consigue con la industria primicias del
 la misma naturaleza. Vense en algunos Jardines varias figuras for-
 madas de especie de arayan ó de otras yerbas en que se representan
 ya un leon, ya un hombre, en otra parte una águila ó un ciervo y otros
 animales vistiendo aquellas mudas estatuas las hojas verdes; pero si no es-
 tá continuamente el jardinero con la tijera en la mano cortando lo que
 para el adorno le parece superfluo, en breve tiempo ni el leon parecerá
 leon, ni la águila y otros animales representarán tal figura, porque ex-
 cediendo la yerba con la pompa torvana de sus hojas todo parecerá por-
 que inculto aunque siempre se mire ameno. Por esto un curioso puso á
 este hermoso engaño de la vista este epigrafe: Cortando de continuo ten-
 drá duracion. No de otra suerte sucede en la cultura de los sentidos de
 el cuerpo humano. Sea uno al parecer un Leon en la fortaleza por la vir-
 tud, si no se cortan por la mortificacion las pasiones, en breve tiempo se
 desapareció toda aquella robustez, y lo mismo sucede en todas las imagenes de
 virtudes que cortando las malas inclinaciones se conservan, y dejando crecer la
 yerba maligna de la raíz amarga del natural apetito todo se desfigura.

Siempre es necesaria la mortificacion, pues lo que hace en el campo la reja
 hace en el cuerpo humano la mortificacion, como el arado, forma los sul-
 cos, rompe la dureza, desarraiga los vicios y llenas las mieses de frutos es-
 pirituales esperando la lluvia voluntaria del Cielo, pues sin auxilio de
 lo alto ninguno es mortificado ni virtuoso. Individuemos esta mortificacion
 en nuestro Filisense mirando uno por uno sus cinco corporales sentidos. Sus
 ojos solo le servian para ver lo que bastaba para el comercio humano, sin darle
 ensanche para mirar otros objetos, siempre se miró con tan modesto que pocas cla-
 vaba en los otros la vista: nunca asistia á espectáculos públicos desde que tomó
 ordenes sacros, y por decir en breve la mortificacion de sus ojos diré lo que
 vi por los míos. Usaba el Padre desde sus floridos años de anteojos por la corte-
 dad que entraba en la vista, reparé en cierta ocasion que el color de los vi-
 drios era verdoso, preguntándole si con ellos miraba mejor que con otros que te-
 nia cristalinus, y me respondió con confianza de buen Hermano: uso de ellos
 porque hacen todos los rostros macilentos y amarillos, (asi lo experimenté po-
 niéndome los) con esto, si tal vez me descuido en ver alguna persona se me

representa como difunta y me libertó de que se apodere de la vista al-
gun rostro hermoso. Viendo en la Congregación de Nuestra Señora
de Guadalupe de esta Ciudad de Querétaro cuando se ofrecían
fiestas de toros en la plaza no solo se abstemia de ir á ellas, mas
con mucho carino persuadia á los estudiantes que le eran familiares
no fuesen á ellas, y para contener en parte la curiosidad juve-
nil les permitia los oiesen desde la azotea de la Iglesia que esta-
ba de la plaza bien distante, y les daba una merienda muy
competente con que quedaban alegres y gustivos. Cuando fué á la
fundacion del Oratorio de San Miguel llegando las fiestas ruido-
sas del año nuevo se salió con todos sus estudiantes á una hacienda
fuera de la Villa, y dejaba á los jóvenes divertirse con recreo-
los mismos por evitar vistas que pudieran serles dañosas en tales con-
cursos y fiestas. A su ejemplo lo han observado los Padres del Ora-
torio saliendo al campo mientras no se acaban en la plaza ta-
les fiestas, dejando en casa algun sacerdote enfermo para que no
falte en la Iglesia el debido culto. No anduvo menos cuidadoso
en la mortificacion del Oído, pues quanto esta puerta es menos de-
fendida y más expuesta á cualquier asalto es más forzosa la vi-
gilancia para la resistencia. No se puede evitar el primer encuentro
de las palabras, pero pueden luego con prudencia rebatirse; por esta
brecha vive siempre el corazon amenazado de su ruina, el remedio
es como del espíritu Santo, cercar los oidos con espinas. Como quien cer-
ca de punzantes espinas una viña (dice Cornelio) hemos de cercar nues-
tros oidos para que no entre por ellos daño á nuestra alma. Estas
espinas son el silencio y discrecion en rebatir las palabras ofensi-
vas ó de murmuracion ó de liviandad. Huía el Venerable Padre
de que en su presencia se hablase mal del prójimo, y si tal vez
se ofrecia conversacion de lo mal que algunos obraban en contradecir
la fundacion de su Oratorio, al punto si eran sus súbditos los
mandaba callar, y si eran otras personas de respeto se valia
para no contestar de un profundo silencio. Si escuchaba alguna
cosa que podia ceder en alabanza suya, divertia la plática in-
sertando otras conversacion muy diversa. Siempre se mostró adverso
á toda palabra menos decente, ni la sufría, ni la disimulaba, an-
tes con rostro severo la reprehendia: nunca gustó de burlas, cohartes-
rias ni jocosidades, ni delante de él se permitió jamás la dema-
sada risa, todo lo componia con solo mesurar el semblante. No

tuvo curiosidad de saber cosas de novedades, estando cierto que los que
de esto gustan y se complacen más de lo necesario, son semejantes á los
Atenienses, que nada les era mas gustoso que oír ó decir algo que fuese
nuevo, y se halla esta curiosidad reprehendida en el capítulo 17 de
los Hechos Apostólicos. A Santa Brígida la motejó el Señor por ha-
ber oído con gusto contar grandezas del mundo, y le dijo: Si pú-
quieres saber cosas grandes registra mis obras, que son para el en-
tendimiento incomprehensibles, estupendas para el conocimiento, y
para el oído admirables. Rev. lib. 6. c. 27. Músicas profanas nun-
ca entraron á sus oidos, y les tenia tal aversion, que á quanto con
él se confesaban les persuadia huyesen de tales concursos, y co-
mo Ulises se taparan los oidos para no escuchar cantos de Sirenas.
Tan exacto fué en este punto como lo dirá este suceso: Comidáronse
para que naufragase un Niño que se habia nacido á un Noble Repu-
blicano de la Villa de San Miguel en compania de un Señor Canóni-
go que lo habia de sacar de la Pila, no pudiendo escusarse por
ser el Caballero Bienhechor de su nuevo Oratorio; asistió en la I-
glesia con toda la Comitiva, y yendo con todos á la Casa dio á
los Compadres la entorabuena, y viendo que estaba para aquella
tarde dispuesta una música con todos los festejos que ha introdu-
cido el uso, se despidió con palabras muy urbanas alegando sus mu-
chas ocupaciones del ministerio, no siendo dable dejarse vencer de los
ruegos del Señor Provedor á quien estimaba como á su íntimo a-
migo. Los cánticos eclesiásticos con armónicos instrumentos eran solo á su
oído gustosos, y nunca podia escuchar sin tedio voces mugeriles, si no
fuesen en los Coros de las Sagradas Esposas del Ymaculado Cordón
donde hacen officio de Angeles. Sucedió en cierta ocasion que celebrábase
en una Iglesia las cuarenta Horas en honra del Divinísimo Sacramento
introdujese la indiscreta devocion del que hacia la fiesta dos mugeres
cantoras de las celebradas en el vulgo para que luciesen sus buenas vo-
ces; entró el Padre á hacer oracion, y viendo la multitud de concu-
so atraído no de la devocion de Sacramentado Señor, sino de la no-
vedad de las cantoras, no tuvo sosiego hasta que á instancias su-
yas las sacaron de la Iglesia los que con el pretexto de devocion las
habian conducido.

El sentido del Olfato tuvo tan poco que hacer para mortificarlo que pa-
recia tenerlo perdido. Es esta muy usada entre hombres estudiosos el tomar
polver de tabaco para aliviar la cabeza, nunca los vio siendo su estudio

por vida, y mucho menos tuvo lugar en su olfato el tabaco de humo, antes lo molestaba tanto, que no le servía de leve mortificación que personas de respeto lo tomasen en su presencia. Para lo que tuvo el olfato muy vivo, era para sacar por el olor á sus estudiantes cuando se desuiciaban en chupar, al que cogía en este vicio lo penitenciaba, y solo el saber que alguno era chupador, si despues de amonestado no se corregía, lo señalaba con piedra negra, amoniciándole no duraría mucho entre los jóvenes virtuosos del Oratorio, y así lo comprobaron las experiencias. Cuanto le trataron, no hay quien se acuerde haberle visto aplicar una flor á la nariz siquiera por el inocente atractivo de las flores, siendo cierto que cultivaba muchas por su mano para adornar los Sagrados Altares. Esta que parece leve mortificación es de tanto precio como el que perdiera mi venerado Ludovico Blosio en su tratado *bonitare anima fidelis* cap. 2. p. 2. el que de verdad se contiene por Dios de lo que no es necesario ó inútil en verlo, oírlo, olerlo, gustarlo, hablar de ello ó tocarlo, y en cosas mínimas se negare á la propia sensualidad, será para Dios cosa más agradable que si diese vida nueva á muchos muertos. Pone luego este similitud de los antiguos Padres. Si caminaban dos hombres hallasen una florcita muy graciosa y el uno de ellos deseara cortarla, pero deliberando mejor la dejase por Dios, más el otro sin reparar en nada la cortase, éste no pecaría, pero el que dejó por Dios de cortarla tanto merecerá respecto del otro cuanto dista del cielo á la tierra. Si el que cortó la flor lo hizo por alabar á Dios también merecerá muy mucho. — Bien tenía este sentido en qué mortificarse con la asistencia que frecuentaba el Padre en los Hospitales, Cárcels, Obrages, y enfermos pobres, que como tales están más asistidos de las inmundicias de nuestra vil naturaleza. Servíle también de dar malos ratos á su olfato las muchas veces que como dije despues se acostaba vestido en las mismas almohadas y trumba de los que aquel día habian sido entregados á la sepultura.

Es el gusto el sentido que al sabor de las manjares enciende más el apetito, tan difícil el mortificarle, como fácil con leve ocasión de rendirse. Desde que se determinó el Venerable Padre á seguir las estrechas aunque segurísimas sendas de la virtud, comenzó á frecuentar la abstinencia, y ya le eran tan familiares los ayunos, que no solo las Cuaremas, vigilijs, viernes y sábados, mas muchos días en la semana eran para él de ayuno. ¿Dre otros even

ta cuando vivía en el Colegio de Ntra Gra de Guadalupe en Querétaro sentarse muy de mañana al Confesionario de donde las más veces se levantaba á decir Misas y volvió á continuar sin desayunarse hasta las doce del día? Esto mismo cuando predicaba como lo dejó apuntado su hermano el Padre Francisco siendo de ello ocular testigo. El Bachiller Don Nicolás Antonio de la Matas que se vivió con el Padre Juan Antonio depone haber sido en este sentido muy mortificado y asegura que el año de Catroce de este siglo, que fue el año de la hambre, el mismo Padre y nosotros (dice en su escrito) hacíamos nuestra comida quisando con sebo de borrego que era lo ordinario frijoles y polcadas de salvato, y todos muy gustosos y contentos lo amábamos y obedecíamos queriéndonos muy prontos en la obediencia, pues para todo le pedíamos licencia. Los regalos que se enviaban á sujetos particulares tenía orden el portero de llevarlos al refectorio y allí se repartía á todos, ó los enviaba nuestro Padre á los presos de la Cárcel con algún Joven ó Lego, hermano Merigo.

Su más ordinaria comida eran un par de plátanos con pocos bocados de pan y algunos tragos de agua cuanto no comía en Comunidad, y cuando alguno de sus familiares lo persuadía tomase alguna cosa quisada, ó carne, con gracia les respondía; mucho más se compone la naturaleza con frutas, que con estos abusos del apetito. Decidme ¿qui comían nuestros primeros Padres en el Paraíso? ¿Y qui comían antes del Diluvio los ajustados á la ley natural? Con yerbas y con frutas se conservaban sanos y robustos. Leed los Expositores del Génesis. — Mortificase el gusto no tanto en la calidad del manjar como en la cantidad y el apetito con que se come. Un Monje famoso bajo concepto de Santo Formás Cantuariense viendo lo espléndido de su mesa, conoció el Santo y para librarlo de aquel temerario juicio le dijo; Hermano, si no me engaña mi opinión, con mayor gusto y apetito en quyes tú las habas, que yo cuanto me ministran sazonzos en mi mesa. *li. 1. vit. ca. 16.* Con rara discreción usaba el mortificado Padre de la comida y bebida teniendo leído en las Confesiones de San Agustín que enseñado del Señor tomaba los alimentos como quien toma cosas de medicina. Así como aunque sean utilísimos los medicamentos pueden ser nocivos, si se forman en mucha cantidad ó fuera de tiempo, á ese modo puede dañar el ayuno que es escogido medicamento de la alma si no se junta con la debida circunspección. Todo el tiempo que vivió nuestro Filipe en esta Nueva España lo conocieron todos en este sentido muy mortificado, y que continuó en ese mismo tenor de vida lo dicen sus Alcaecas avisando su muerte. Fue su accidente no otro que una debilidad grande que contrajo causada de su mucha abstinencia.